

Loco por ella

CRISTINA
PRIETO
SOLANO

Loco por ella

Diseño de colección: Estudio Sandra Dios

© Cristina Prieto Solano, 2024
Autora representada por IMC, Agencia Literaria S.L.
© Contraluz (GRUPO ANAYA, S. A.)
Madrid, 2024
Calle Valentín Beato, 21
28037 Madrid
www.contraluzeditorial.es

D.R. y © MMXXV G.E.P., S.A. de C.V.
Renacimiento 180, Col. San Juan Tlihuaca,
Alcaldía Azcapotzalco,
02400, Ciudad de México
Miembro de la Cámara Nacional
de la Industria Editorial Mexicana
Registro núm. 43

ISBN: 978-607-574-723-1 (México)
ISBN: 978-84-19822-24-6 (España)

Primera edición, enero de 2025

*Esta obra no puede ser reproducida, total o parcialmente,
sin la autorización escrita del editor.*

Impreso en México — *Printed in Mexico*



En Hachette Livre México usamos
materias primas de procedencia
100% sustentable

*Dedicado a ti, que alguna vez has decidido
darle la oportunidad a alguna de mis historias.*

Gracias a ti existe este libro

1

Todos los finales tienen su principio, y supongo que este es el mío.

¿Cómo de absurdo es que me resulte raro escuchar español por la calle? Dos años en Roma me han valido para haberme acostumbrado a muchas más cosas de las que creía, supongo. A las bandadas de estorninos. A los rincones del Trastevere. A ella y a todo lo que no fui capaz de quitarme del pecho. Ni siquiera cuando lo nuestro se terminó.

Mi intención en un principio no había sido terminar en Madrid. Traté de seguir con mi vida en Roma, con mi trabajo. Pero en menos de un mes ya tenía claro que no iba a funcionar. Por mucho que lo intentara, sabía que, si me quedaba allí, lo que pasó siempre iba a volver para atormentarme. Las palabras, las renunciadas, los llantos... Estaban impresos en las paredes del pisito en el que vivimos juntos durante casi un año. En la caricia que el aire de Roma me dejaba sobre la piel. No quería seguir siendo esa persona, hundirme por completo en ese final. Necesitaba la oportunidad de otro principio. Así que regresar ha sido inevitable.

Sacudo la cabeza mientras abro la última caja. Soy un tío práctico, así que, además de la maleta, solo he necesitado un envío por mensajería para hacer la mudanza a Madrid. Sé que mucha gente dirá que es triste resumir toda tu vida en apenas un par de bultos, pero para mí es lo mejor. Nunca te duele tanto irte, y, ni mucho menos, escapar.

Y eso es exactamente lo que estoy haciendo.

Roma ya no es para mí, como en su momento pensé que Madrid tampoco lo era. Supongo que si ahora estoy volviendo a la capital de España, tengo que dudar un poco de mi capacidad para tomar decisiones.

—¿Pedimos algo de cena? —pregunta mi hermano a voces desde el salón.

—Lo que quieras —le respondo en tono neutro, porque no es necesario gritar en un piso de este tamaño.

Tampoco me voy a quejar; es bastante más grande que en el que malvivía en Roma. Debe tener, a ojo, unos sesenta metros cuadrados, aunque distribuidos de forma un poco desigual. Nada más entrar apareces en el salón, con un sofá-cama más viejo que muchos jubilados y otro sofá totalmente distinto (de un rojo que en algún momento fue chillón y ahora tira más hacia el granate), una tele que le compraron a mi hermano las Navidades pasadas y que por eso tiene un tamaño excesivo y un par de pufs que parecen amontonarse entre los dos muebles como si no tuvieran más propósito que ocupar espacio. Tras los sofás se abre la cocina, porque no hay nada más típico de un alquiler en Madrid que un salón-comedor-cocina. La separación entre ambos espacios es una mesa de madera

oscura con cuatro sillas, cada cual más diferente de la otra. A la izquierda, la habitación de mi hermano seguida por el baño que compartimos. A la derecha, la mía, donde me encuentro. Aunque llamarla «mía» es algo que aún me cuesta.

El anterior compañero de piso de Nico ha dejado aquí toda su esencia. No podría describirlo de otra manera; es como si no se hubiera marchado. A tal nivel que estoy planteándome seriamente tirar este colchón o, al menos, fumigarlo. Solo he estado de visita en este piso una vez mientras vivía en Roma, de paso hacia casa de nuestros padres, y lo poco que vi por aquel entonces de esta habitación aún me atormenta por las noches. No es que yo sea un maniático de la limpieza, pero me gusta cambiar las sábanas al menos una vez cada par de semanas. El chaval que vivía aquí antes... Bueno, la teoría de mi hermano es que no lo hizo jamás. En más de un año.

Un escalofrío de asco me recorre mientras me planteo comprar algo para cubrir el colchón (o quemarlo directamente) y salgo de la habitación sacudiéndome las manos.

—Nico. —Mi hermano alza la cabeza desde el sofá con el mando de la Play en la mano—. ¿Tenéis escoba?

—Pues claro que *tenemos escoba*, Mateo —bufa, poniendo los ojos en blanco y volviendo la vista a la pantalla, donde un grupo de jugadores se pasa un balón—. ¿Qué clase de casa no tiene una jodida escoba?

—No he dicho nada —replico porque estoy exhausto y lo que menos me apetece es pelear.

Últimamente Nico me habla fatal. Las contestaciones son secas, y eso cuando consigo que me preste atención

durante el suficiente tiempo como para que produzca una. Y no es que piense que me merezca un respeto como su hermano mayor, es que... Bueno, quizá sí que lo piense. Pero como es la primera vez que convivimos al cien por cien desde que yo tenía dieciocho años y él dieciséis, me callo. Estoy convencido de que podemos llevarnos bien: siempre lo hemos hecho. Incluso hemos llegado a ser mejores amigos.

Esto es, hasta que me fui a Roma. Hasta que huí por primera vez.

Espero que la segunda huida me permita al menos recuperar esta parte de mi vida.

«Paciencia, Mateo», me digo, antes de insistir:

—Vale, ¿y dónde está?

—¿Dónde va a estar? ¿Crees que me la he metido por el culo? En el armario del fondo de la cocina.

«¿Cómo voy a saber dónde está si llevo literalmente dos horas viviendo en esta casa?», farfullo mentalmente, pero cojo aire y sigo sus indicaciones.

Cuando termino de barrer, aún hay un olor que no termina de agradarme demasiado y que estoy convencido de que proviene del colchón. Una sensación desagradable se me instala en el pecho y la casa se me cae encima aún un poco más. Es como intentar hacerme hueco en un sitio que se empeña en echarme.

En el móvil se me aglomeran los mensajes. He cometido el error de colgar la típica historia de Instagram del avión de vuelta a Madrid y hay un montón de colegas que están deseando saber cuándo nos vamos a tomar unas cañas. «Colegas» por llamarlos de alguna manera. Podría

contar con los dedos de una mano cuántos de ellos me importan al menos un poco.

Leo por encima los mensajes, muy similares entre sí. «Qué ganas de partir Madrid, tío», «Se te ha echado de menos, cabrón», «Las pibas no saben lo que se les viene encima».

Es bastante probable que no termine quedando con ninguno de ellos. Está claro que quieren al Mateo que se fue de España. No sé si les gustará tanto el que ha vuelto.

Coloco el reloj-despertador encima de la mesita negra, al lado de la cama. Debo de ser la única persona que sigue teniendo un reloj-despertador, pero también soy de los pocos que prefieren dejar el móvil a un lado al menos una hora antes de dormir. Me ayuda con el descanso, y el descanso me ayuda a entrenar mejor. Y entrenar mejor me permite no estar de mala hostia el resto del día, así que hace años que se ha convertido en una prioridad.

Y ahora más que nunca; desde que hay algo dentro de mí que pretendo quemar a toda costa, aunque sea a base de ejercicio.

Me dirijo al salón para comprobar que Nico sigue vi-ciando sin prestar atención a nada de lo que hago y me de-jo caer en el sofá libre. Paso un tiempo indeterminado (¿minutos? ¿horas?) observándole jugar y esperando a que se rompa solo ese silencio que nos ha envuelto en los úl-timos años.

Finalmente, resoplo y tomo una decisión.

—Voy a dormir en el sofá esta noche.

Tarda en contestar, y lo hace con desinterés:

—¿Y eso?

Sigue con la vista fija en la pantalla. Su tono es distraído, como si le importara más bien poco lo que decida hacer.

—Porque las manchas de ese colchón parecen apariciones de Cuarto Milenio y me gustaría no arriesgarme a pillar una ETS.

Entonces Nico se ríe y los hombros se le alzan ligeramente. Con esa risa consigo relajarme un poco, y me muevo para sentarme con él, en el otro sofá, aún con la escoba en la mano. La dejo a mi lado para no olvidarme de devolverla a la cocina más tarde.

—No te preocupes, tío. López era un guarro, pero no pillaba ni queriendo. Mucho menos va a pillar una ETS. Estás a salvo.

—Aún así, mañana compro otro colchón.

—¿No tendrás suficiente con empezar el nuevo curro? ¿Te dará tiempo?

Aprieta un par de botones del mando apresuradamente, alzando el codo izquierdo y dedicándome solo una mirada de reojo. Suelto una especie de resoplido y me paso la mano por la cara, notando como el cansancio me muerde cada vez más. No ha sido la mejor idea del mundo mudarse el día anterior de empezar el trabajo, pero todo sucedió tan rápido que tampoco me ha quedado otra opción. Era la única manera de cuadrar los tiempos con mi antiguo empleo.

En cualquier otra situación me hubiera dado al menos una semana de vacaciones. Para asentarme, hacerme a la idea de que vuelvo a estar en Madrid, de que ya no estoy con *ella*. Y para comprar con calma un maldito colchón.

Pero no tengo eso. Hay muchas cosas que ya no tengo, y lo que sí tengo es la obligación de tirar hacia delante como sea. Empezar de nuevo, coger aire y seguir, como siempre he hecho. Así que, si tengo que dormir en un sofá y salir corriendo de la oficina mañana para comprar el colchón de los huevos, pues eso es lo que va a pasar.

—Más me vale.

Me limito a decir eso, un poco como conclusión a mis pensamientos. Es entonces cuando mi hermano pausa el juego y me dedica su atención por primera vez desde que aterricé en España. Tiene el pelo, más liso que el mío, despeinado, un poco en punta, y los ojos verdosos rodeados de unas ojeras que no comprendo. No sé si ha pasado una mala época o si está estresado. Si le preocupa algo o simplemente es que se pasa viciando hasta las tantas de la madrugada y no duerme una mierda. Lo que tengo claro es que no voy a conseguir que me lo cuente. Me estudia por unos instantes, pensativo, dándole golpes al joystick con el pulgar.

—Mañana cuando salga del curro te compro uno —dice al final, aunque casi parece a regañadientes—. Acabo a las dos, me da tiempo de sobra y así lo tienes cuando vuelvas. Pero pillaré el primero que vea, ¿eh? No sé si se te ha aburguesado el culito estos últimos años.

Me lanza una mirada socarrona, y yo no puedo describir con palabras el alivio que siento al escuchar su oferta. Así que me apresuro a aceptarla antes de que cambie de idea.

—Gracias, tío. Me salvas la vida.

—Bueno. —Chasquea la lengua—. Tengo que reconocer que te entiendo un poco, yo tampoco dormiría

muy tranquilo ahí. Lo de López era otro nivel. Pero, joder, era la hostia de divertido. Y nunca tenía que pelearme por el tendedero.

Me río porque me acuerdo que me contó que en más de un año que vivieron juntos, nunca jamás le vio poner una lavadora. El chaval afirmaba que tenía muchos calzoncillos, pero, incluso con esas, las cuentas no salían. A mí me hubiera sacado de quicio, pero Nico es así: pasota, buenazo hasta la médula, y con una pasión desesperada por la gente que le hace reír. Supongo que hubo un momento en el que yo era una de esas personas. Supongo que la vida y las hostias me han vuelto un rancio. Quizá debería aprender de él.

El silencio se nos come de nuevo y estoy a punto de inventarme cualquier movida para romperlo, pero entonces me pasa el otro mando con ademán distraído. Y yo lo acepto, aunque nunca he sido demasiado fan de los videojuegos. En este momento en el que parece que no hay nada más que decir, en el que los dos años que desaparecí marcan lo poco que nos conocemos, esta debe ser nuestra única forma de interactuar.

Así que, aunque estoy cansado y me muero de ganas de irme a dormir, me quedo un rato jugando con mi hermano. Porque Roma me quitó muchas cosas que tengo pensado recuperar a toda costa. Y este es solo el principio.

2

No me puedo creer que sea mi primer día y esté llegando tarde.

Aunque después de despertarme en el sofá, con la babillo colgando y aún vestido, no debería extrañarme demasiado.

Podría enfadarme con Nico porque me ha dejado ahí durmiendo abrazado a la escoba cuando sabe perfectamente que soy un maniático de la puntualidad. Porque no le costaba nada haberme despertado o, al menos, haberse cerciorado de que tenía puesta la jodida alarma.

Hace años lo habría hecho. Estoy seguro. Por lo que una parte bastante paranoica de mí está convencida de que ha sido una especie de venganza. Quizá porque la alternativa, que es que le importe tan poco que ni se haya dado cuenta, me duele incluso más.

Prefiero enfadarme con él a pensar que ya ni siquiera le importo.

Me hago paso entre la multitud que se acumula a la salida del metro Begoña, el que queda más cerca de las Cuatro Torres. Tengo que dirigirme a una de ellas. Acelero aún más el paso con el miedo creciente de sudar el

traje nuevo que me he enfundado a duras penas hace menos de una hora.

Odio llegar tarde. Lo detesto con toda mi alma, y muchísimo más en ocasiones importantes.

Cuando atravieso las puertas de la Torre de Cristal (que menos mal que es más que reconocible) y consigo seguir las indicaciones de mi correo de bienvenida hasta llegar a la planta en la que está la consultora, me muestro tranquilo; aunque solo lo estoy por fuera. Sé que en este mundo son mucho más importantes las apariencias que las realidades, con lo que tengo que interpretar muy bien mi papel desde el principio si quiero sobrevivir.

Porque eso es lo que se hace en una consultora de este calibre: sobrevivir. Y, con suerte, ganar bastante dinero en el proceso antes de decidir cambiarse a otro curro que te permita ver la luz del sol de vez en cuando.

Hablando de soles, el primer rayo de buena suerte del día es Lola, que aparece ante mí nada más entrar por la puerta. Su pelo larguísimo y rubio está recogido en una coleta alta. Viste un traje chaqueta muy similar al mío. Ni que nos hubiéramos puesto de acuerdo.

Me mira de arriba abajo como si tuviera que cerciorarse de que soy yo, de que sigo siendo el mismo que cuando antes de marcharme a hacer el máster a Roma.

—Lola. —Sonríó sin poder evitarlo.

No sé cómo quiere que nos saludemos. ¿Cómo se saluda a alguien que una vez fue tan cercano y que ahora...?

«La he echado mucho de menos», me sorprende pensando.

—Mateo —saluda ella algo seca.

No sé identificar su tono de voz y no sé qué hacer ni qué más decir, pero acto seguido ya no tengo que decidir porque ha abierto los brazos y me ha envuelto con ellos. Por un segundo no reacciono, aún desorientado, pero tardo poco en sonreír y aceptar el abrazo de buena gana. Huele a algo floral (¿lavanda?; siempre se me ha dado fatal distinguir estas cosas) y cuando se separa de mí y puedo analizarla bien, me alegra comprobar que no ha cambiado nada.

Sigue con su misma expresión, siempre a medio camino entre quererte y juzgarte, el mismo maquillaje simple pero intenso y tan exacto como lo es ella. Cada línea de *eyeliner* en su sitio, el pintalabios siempre perfecto. Por un segundo pienso que, si era así de estricta en la universidad, debe de ser igual en el trabajo. Y que, por tanto, tengo suerte de trabajar con ella.

Me imagino muchas cosas, pero la realidad es que no lo tengo claro. La realidad es que hace más de dos años que no nos vemos, y es suficiente tiempo como para que una persona cambie. Yo mismo he cambiado; mucho más de lo que me gustaría.

Lola fue mi mejor amiga durante la carrera, pero cuando decidí irme a Roma a hacer el máster perdimos bastante el contacto. Puede que por culpa mía, que conste, porque siempre se me ha dado fatal el móvil y, aunque ella intentó que habláramos, no sé, supongo que no me salía. Luego todo mi tiempo lo ocuparon otros asuntos, otras personas. Otra vida.

En definitiva, un motivo más para sentirse culpable a día de hoy. Sobre todo después de que me recomendara

para el puesto de consultor junior en su empresa y que sea básicamente el motivo principal por el que he vuelto a España con curro y no directo a la cola del paro.

—Me alegro de verte, Lola —le digo con sinceridad y una sonrisa.

Deja escapar el aire y da la sensación de que se rinde.

—Y yo a ti, caraculo. Mira qué bien, llegas justo a tiempo para el *briefing*.

Y dicho esto, me agarra del brazo y me arrastra con ella hasta una sala de reuniones de la que no salimos en algo más de dos horas.

¿Querías distraerte, Mateo?

Parece que he dado con el sitio indicado para que no me dejen ni un instante a solas con mis pensamientos.

Ten cuidado con lo que deseas...

El día ha sido simplemente agotador. No hay otra manera de describirlo.

No es mi primer curro, ni mucho menos, y me esperaba el ritmo de trabajo elevado de una de las consultoras más grandes que existen, pero ¿esto? ¿Este frenesí de reuniones, de tareas y de sentir que eres solo un peón más en un entramado gigantesco al que le importas una absoluta mierda?

Ha sido como una montaña rusa bastante dura y sin apenas espacio para recuperarte de las vueltas: el trajín de las reuniones, los reproches a compañeros que se sueltan sin ningún tipo de reparo ni consideración por quien

pueda estar escuchándolos. Y luego la falsa calma de la pradera de mesas, donde me han plantado con mi ordenador portátil de empresa. El «familiarízate con los materiales» ha venido escupido por una persona que tengo claro desde el momento en que me la presentaron que no va a tener ni un segundo para mí. Y hasta el organigrama de la empresa me suena a chino a estas alturas.

Voy a tardar más de lo que pensaba en acostumbrarme. Y eso me jode, porque quiero volver a sentir Madrid como mi hogar lo antes posible. Quiero dejarlo todo atrás. Ya que no he tenido ni un día para desconectar, me gustaría que el agobio dejara paso lo antes posible a una sensación más agradable.

Así que cuando Lola ha propuesto que nos vayamos a tomar unas cañas para celebrar mi incorporación, me ha parecido la única vía de escape viable. Un par de cervezas, hablar de temas banales y que me confirmen que es normal que me sienta abrumado por la cantidad de trabajo que *ya* tengo encima.

Además, me apetece ponerme al día con Lola. Saber qué es de su vida, qué ha cambiado desde que me marché.

A las cañas se une otro chico, que según me cuentan, lleva trabajando en el mismo departamento que Lola apenas unos meses. A simple vista es evidente que se trata del típico musculitos de gimnasio, al nivel que produce angustia ver los botones de su camisa, que parecen siempre a punto de saltar, se ponga en la posición que se ponga.

El resto de compañeros parecen ir bastante más a su bola, al menos hoy. O quizá no tengan demasiadas ganas

de conocer al nuevo. No sé si es algo que cambiará en el futuro, pero por ahora la verdad es que lo prefiero así. Menos gente con la que lidiar.

El caso es que hemos salido de la Torre de Cristal a las siete de la tarde (y creo que estamos saliendo pronto para los estándares de la consultora) y Lola nos ha dirigido sin pensárselo a un bar un poco cutre que está a apenas unos minutos andando. Y en todo ese tiempo, el chaval que nos acompaña no ha dejado de sonreír.

La gente que sonrío todo el rato me da mal rollo.

Conseguimos a duras penas una mesa en la terraza y, nada más sentarnos, me arrebujó en mi chaqueta. Aunque estamos en marzo y ya no hace tanto frío, a estas horas ya se está yendo el sol y en la zona de las Cuatro Torres corre el viento que no veas. Nos pedimos unas cañas (la de Lola con limón) y entonces mi amiga da una palmada que me saca un poco del letargo en el que llevo un rato metido.

—Bueno, ¿cómo ha ido tu primer día?

Pongo media sonrisa, abrumado porque siga teniendo tanta energía. Siempre ha sido una fuerza de la naturaleza.

—Agotador. Aunque supongo que esta es mi vida ahora.

—Sí, esta es tu vida ahora —bromea el chico, y me doy cuenta de que aún no sé ni su nombre.

—La verdad es que es la primera vez que empiezo en un trabajo y no me dan ni un día de cancha —confieso—. Directo al lío, sin ninguna guía, apáñatelas como puedas.

—No creas que el resto estamos mucho mejor. —Lola me guiña un ojo—. Pero no te preocupes, el primer día es duro para todos. Deberías haber visto a Álvaro cuando entró.

—Lo bueno es que a mí fue inevitable que me hicieran un poco de caso. Soy difícil de ignorar —se limita a decir el grandullón.

Al menos, ya sé su nombre.

Lola pone los ojos en blanco, pero sonrío un poco.

—Es muy difícil no hacer caso a este tío —coincide—. Es muy insistente cuando quiere. Si se empeña en algo, es pesadísimo y no para hasta que lo consigue

—Si eso fuera verdad, tú y yo ya estaríamos casados. Así que no mientas.

Lo sigue diciendo en tono jocoso, como parece tomárselo todo, y entonces Lola profiere tal carcajada que las mesas de alrededor se giran para mirarnos. Me muerdo el labio mientras contemplo la escena y me doy cuenta de que he echado esto de menos. En Roma nunca conseguí esto que tengo ahora mismo ante mis ojos. El trabajo era exclusivamente el trabajo y, cuando no estaba trabajando, estaba con *ella*. Absorbió mi vida y mi mundo. Y me parecía bien. Más o menos. Pero que Madrid me haya devuelto este rato de paz, de cañas con amigos, significa mucho.

—No te preocupes, Mateo —dice entonces Lola, que debe de haber reparado en mi cara—. Te acostumbras rápido. No todo lo que piden es tan urgente como dicen.

Álvaro asiente enérgicamente con la cabeza antes de contribuir:

—Sobre todo lo de Julio. A ese ni caso. Nos la ha liado a todos.

—Una vez me tuvo en la oficina hasta las tres de la mañana y luego descubrí que me había engañado y la fecha de entrega no era hasta después de ¡dos semanas!

La expresión en la cara de Lola me arranca la primera risa del día.

—Entendido. Tengo claro que, al menos al principio, os pediré consejo para todo.

—Por cierto, tío, me ha dicho Lola que te has mudado desde Roma, ¿no?

Asiento, removiéndome un poco en el asiento, incómodo ante el cambio de tema tan repentino. No estoy lo suficientemente espabilado como para seguirles el ritmo. Ni lo suficientemente acostumbrado a hablar del tema como para tomármelo con naturalidad.

Cuando hablo de ello, es con cautela y solo dejando claros los hechos más básicos.

—Sí. Fui a hacer el máster y me quedé un año más.

—¿Y cómo te ha dado por volver? ¿Te cansaste de la pizza y la pasta?

Mi primer pensamiento es de rechazo, y tengo que recordarme a mí mismo que este chico no me conoce y que es una pregunta totalmente normal que hacerle a un desconocido. Que el hecho de haber decidido (de manera inconsciente) no compartir mi vida con los demás, hace que, precisamente, la gente haga preguntas. Aun así, noto que me pongo de mal humor, y tengo que carraspear para bajar esa sensación por la garganta.

—Echaba de menos Madrid. Era hora de volver.

Lola me observa un segundo, ese segundo de silencio que se forma y en el que se puede masticar en el ambiente la mentira. Soy un pésimo actor, siempre lo he sido. Y esta no es una excepción.

—Lo que pasa es que me echaba de menos a mí. —La chica sale en mi ayuda, dándome un codazo—. No podía vivir sin mi magia. ¿A que no?

—Me has pillado. La vida sin Lola es menos vida.

Y en eso es evidente que no estoy mintiendo.

—Y que lo digas —coincide Álvaro, que se lleva otro codazo juguetón de la chica.

Sin embargo, mi mente se pierde los siguientes minutos como un breve apagón. Como siempre que me veo obligado a pensar en el tema. Es como si un fantasma resurgiera dentro de mí.

«Te has roto y me has roto, y ya no me quedan piezas para arreglar esto», suena en mi cabeza, con tono acusatorio. Y aunque no sé si es mi voz o la suya, ahogo esos pensamientos con otro trago de cerveza.

Me doy cuenta de que me he pasado un poco con las cañas cuando me cuesta varios intentos meter la llave en la cerradura de mi nueva casa. Peleo un poco con ella, gruño, y, cuando por fin consigo abrir la puerta, tengo el ceño fruncido.

Sin embargo, lo que me espera en el salón me relaja la expresión... al nivel de que me lleva a una especie de es-

tado de shock en el que no recuerdo haberme encontrado nunca.

Soy un tío al que le gusta que todo suceda como debería. Odio los imprevistos, las sorpresas en las que no he tenido nada que decir.

Así que esperaba encontrarme a mi hermano como siempre, jugando a la consola tirado en el sofá, y tenía razón. Pero el caso es que no está solo.

A su lado hay una chica sonriente a la que estoy seguro de que mi pecho reconoce antes que mi cabeza. Una especie de *déjà vu* se apodera de mi cuerpo y, si parpadeo varias veces, estoy convencido de haber vuelto dos años al pasado.

Una chica de pelo castaño, liso hasta los hombros, con pequeñas mechas rubias. Con unos ojos almendrados que brillan en mi dirección, haciendo reflejo de su sonrisa de labios pegados.

Mi pecho es también el que me murmura su nombre, antes de que mi cabeza lo recuerde con un fognazo.

Paula.

—¡Mat! ¡Cuánto tiempo!

Su voz.

No estaba preparado para su voz.

No sabía que no estuviera preparado para su voz.

«Tienes que moverte», me ordeno a mí mismo en medio de la bruma del alcohol que me nubla la cabeza.

—Ey, bro —saluda Nico con desinterés.

Y creo que es eso lo que me despierta. Esa palabra totalmente fuera de lugar y que jamás le había escuchado. Consigo despegar la mirada de Paula y fruncir de nuevo el ceño en dirección a mi hermano.

—¿Bro? ¿En serio?

Cierro la puerta a mi espalda y me quito la americana para colgarla del perchero. Luego me paso la lengua por unos labios que de repente están más que secos y me recorro la mandíbula con los nudillos mientras me dirijo hacia el fondo de la casa, directo a mi habitación.

—Sí, bro. —Se encoge de hombros—. Modernízate, hermanito.

Pongo los ojos en blanco, aunque doy gracias por la actitud de mi hermano pequeño. De alguna manera, cabrear me con él me está sirviendo para distraerme de que sigo teniendo los ojos de Paula clavados, mientras permanece atenta a cada uno de mis movimientos.

—¿No te sientas con nosotros? —propone ella con amabilidad.

Había olvidado que Paula es la chica más amable que existe.

—No quiere —anuncia entonces Nico, fulminándome con la mirada.

Su comentario me duele y finjo que lo entiendo, que me parece lógico o que yo también haría lo mismo. O las tres cosas a la vez. Pero Paula me sigue mirando con curiosidad.

—Estoy muy cansado —me excuso, y me sorprendo a mí mismo con un tono de voz mucho más suave que el que he empleado con mi hermano—. Otro día.

—¡Vale! Si necesitas algo, nos dices.

Había olvidado que Paula es la chica más dulce que existe.

—Gracias.

Mi propia voz suena como un gruñido, así que me obligo a mí mismo a, al menos, mirarla a los ojos antes de encerrarme en mi cuarto.

 Y... joder.

 Había olvidado que Paula es la chica más preciosa que existe.

 Y lo peor es que miento, porque jamás en la vida podría haberme olvidado de ella. Ni por un mísero segundo.